

DOS CEREMONIAS*

Héctor Soto

Varios miles de chilenos que fueron objeto de apremios ilegítimos en los días del gobierno militar hoy circulan por la calle y desarrollan sus actividades con absoluta normalidad. Aparentemente lograron sobreponerse. Hay otros, en cambio, que quedaron marcados por la experiencia y nunca pudieron superarla. Ignoro si el informe de la comisión sobre presos políticos y tortura durante la dictadura logra explicar el efecto que tuvo sobre unos y otros este sórdido capítulo de la violencia política entre nosotros. Cuesta pensar que el documento sea sólo una relación sistematizada de los tormentos aplicados por los organismos de seguridad a sus víctimas, para reprimir tanto la acción subversiva como conductas pacíficas de oposición política. En cualquier caso, sea que el trabajo de la comisión contribuya o no a la verdad y a la reconciliación, el informe hace pensar que nosotros, como sociedad, estamos más bien dentro del grupo de los más traumatizados. Por lo mismo, es positivo este esfuerzo de verdad y reparación. El texto hará varias contribuciones. En primer lugar, debería llevar a las víctimas la compasión y el reconocimiento del país a sus sufrimientos y dolores. Es fundamental que estas personas sepan que Chile los acompaña en su aflicción. El informe asimismo, debería hacer saber a los autores y verdugos que estas prácticas no se justifican en ningún escenario y que para conductas como las suyas no habrá paz ni impunidad ética.

Desde luego, también importan los “nunca más”, los propósitos de erradicar por completo las violaciones a los derechos humanos para expurgar el sistema político de cualquier tentación futura al respecto. Aunque el escepticismo político recomiende mayor cautela a este respecto —porque nadie puede asegurar que hechos así no vuelvan a repetirse— sin duda que estos gestos son necesarios y sanos para la convivencia nacional y disciplinarán tanto nuestras instituciones como nuestras ideas sobre los límites del poder.

¿Es este el capítulo final de nuestra transición política? Difícil saberlo, pero todo hace pensar que aún falta mucho. Por más que los chilenos hayamos creído en varias oportunidades en los últimos años estar cerrando el proceso, está claro que estas cosas no terminan con fecha y hora prede-

HÉCTOR SOTO. Abogado. Editor general de revista *Capital* y columnista del diario *La Tercera*.

* Publicado en *Capital*, N° 145, 19 de noviembre de 2004.

terminada. Los tiempos de la historia se avienen poco con la cronometría oficial. Pero, como quiera que sea, vaya que hemos andado lento en dejar atrás el pasado negro. Nos hemos demorado por de pronto más que España, más que la Alemania reunificada, más que la propia Rusia, liberada después de 70 años de un comunismo totalitario y reconocidamente criminal. Las comparaciones, ya se sabe, son odiosas. Sin embargo, el hecho no deja de ser sugestivo teniendo presente que una alta proporción de la opinión pública no vacilaría en considerar nuestra transición política como muy exitosa.

Una lectura estimulante del asunto sería pensar que venimos de una tradición democrática ejemplar y que por lo mismo respondemos y nos hacemos cargo de estándares éticos superiores. Quizás por eso nuestra transición tenga que pedir muchas excusas e implorar muchos perdones; quizás por eso deba hacer gestos de expiación y elaborar sucesivos informes que abran paso a la verdad. Necesitamos el apoyo de declaraciones, de reparaciones y símbolos que nos ayuden a recomponernos. Estuvimos jugando con fuego durante 20 años, terminamos todos más o menos chamuscados, pero ahora nos interesa desenredar la madeja de las responsabilidades. Necesitamos seguramente saber que en el pasado lo hicimos muy mal y que ahora lo estamos haciendo bastante mejor.

En este contexto, el general Juan Emilio Cheyre acertó al comprender que no hay para el Ejército otra vía de recuperación del prestigio que la ruptura definitiva y frontal con *l'ancien régime*, del cual por lo demás él también fue parte. Si el suyo es un triunfo del pragmatismo o de la buena conciencia no importa mucho a los efectos prácticos. Hizo lo que tenía que hacer. Y lo hizo bien. Luego del reconocimiento de las responsabilidades institucionales de su rama en las violaciones de derechos humanos, el general se entrevistó con el Papa. Casi a la misma hora el obispo Valech le entregaba al presidente Lagos los volúmenes del informe de torturas. Roma y Santiago. Dos ceremonias paralelas para una transición que desde luego seguirá pidiendo más por mucho tiempo todavía. □